

ACTO TERCERO

La escena es la huerta de la casa de Rita. A la derecha la puerta de entrada y la ventana, al fondo una tapia que cierra el patio. Un pozo, un tanque y enredaderas. A la izquierda, en la misma tapia, la puerta que da fuera. Junto á la puerta de la casa hay un banco y tres ó cuatro sillas.

ESCENA I

DON ANTONIO, RITA Y SEBASTIANA

Rita está zurciendo sentada. Don Antonio saca agua del pozo y llena el tanque, y Sebastiana está sentada en el suelo en un rincón.

ANTONIO

¿Y hay que echar mucha agua en este tanque?

RITA

Hasta que esté lleno.

ANTONIO

Pues ya cabe, ya.

RITA

Trabaja, hombre, trabaja un poco. Ya verás como trabajando te alivias de las fiebres.

ANTONIO

Echando una cuba de agua en el tanque, y yendo á sentarse.

¡No puedo más!

RITA

¡Ya te has cansado!

ANTONIO

En Tucumán esta faena la hacen los indios.

RITA

Me lo figuro. Pero como aquí no tenemos indios.

ANTONIO

Sirvo de indio yo. Esto en Tucumán...

RITA

Ora pro nobis.

ANTONIO

En Tucumán un huerto así daría gloria el verlo. Allí se arregla para que todo dé fruto enseguida. Las berzas las riegan á máquina. Las escarolas, los brécoles, y hasta las flores, se cortan con podadora mecánica. Todo se hace á máquina. ¡Aquella sí que es una gran tierra!

RITA

¡Cualquiera te entiende! Al llegar aquí decías pestes de ella y ahora todo se te vuelve alabarla...

ANTONIO

Es porque de lejos todo es más bonito. Yo no sé en qué consiste que cuando se aparta uno de ellas, las cosas más pequeñas se van volviendo grandes, cada vez más grandes. Ahora, que estoy aquí, es cuando veo claro lo de allá, aquella pampa, aquellos ríos, aquella llanura. ¡Si vieras tú aquella llanura!..

SEBASTIANA

¡Y las minas de oro!

ANTONIO

¡Y las minas de todo!

RITA

¡Dios nos ampare!

ANTONIO

¡Y los pájaros!, ¡cómo cantan los pájaros allí!, ¡qué plumas! ¡qué colorido! y ¡qué *bochinche* cuando va uno de caza! ¡Avestruces, liebres y vicuñas, con unos rizos en el lomo que parece que se los han hecho con tenacillas! ¡Y qué alegría! ¡Aquello es alegría! ¡Allí no sabe nadie lo que es llorar! ¡Cantar, bailar, y agárrate y venga no más, y aspiantá que viene el indio! Ahora que no lo veo, parece que lo tengo delante de los ojos.

RITA

¿Has acabado ya?

ANTONIO

No acabaría nunca de hablar de ella.

RITA

Por lo bien que te fué.

ANTONIO

Puede que por eso. Pasa lo mismo que con las mujeres, que cuantos más desengaños dan, más las quiere uno. ¡América es ella! ¡Es la ausente!

RITA

¡Déjate de historias!, y á ver si sacas otro poco de agua.

ANTONIO

Tienes razón, vamos á sacar agua.

RITA

¡Hijo mío, no estás en Tucumán!...

ANTONIO

Sí; aquí ya sé lo que me toca. Este no es pueblo de grandezas.

Mutis Rita.

SEBASTIANA

No lo es, no, todo lo bueno está allí. Las joyas, las pedrerías.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
AÑO 1923 MONTERREY, MEXICO

ANTONIO

Si; aquí la pedrería son pedradas.

SEBASTIANA

Y los hombres que vuelven se las dejan allí.

ANTONIO

Lo mejor de la vida es lo que nos dejamos. Yo que volaba como un pájaro, ¡quién me había de ver sacando agua! ¡Don Antonio sacando agua!, la semana que viene abro el café con Roque, y allí verás como hago fortuna...

*Rita entra por la puerta de la casa.
Don Antonio coge una regadera.*

SEBASTIANA

¿A que no aciertas en qué estoy pensando?

ANTONIO

Tú dirás.

SEBASTIANA

En que me gustaría tener hijos ya grandes.

ANTONIO

¿Para qué?

SEBASTIANA

Para enviarlos á América.

ANTONIO

Ahora sí que veo que estás loca.

SEBASTIANA

La obligación de una madre es hacer la fortuna de sus hijos, y allí bien sabes tú que todo el mundo es rico.

ANTONIO

Pero, ¿no te basta conmigo? ¿No soy un buen ejemplo?

SEBASTIANA

Es que tú eres rico; pero aquí ya verás como te roban y te persiguen tanto como á mí. ¡Yo sé que te persiguen!...

Viendo entrar á Carmen.

Ten cuidado, Antón, ten cuidado.

Entra en la casa.

ANTONIO

¡Lo mismo, lo mismo que nosotros! ¡Buena hija de este pueblo es esta criatura!

ESCENA II

ANTONIO y CARMEN

CARMEN

Buenos días, Antonio; ¿tú regando?

ANTONIO

Ya lo ves.

CARMEN

¿Ahora te hacen regar?

ANTONIO

Me hacen regar, sacar el agua, cavar, llevar recados, hacer media.

CARMEN

¡Quién te ha visto y quién te ve, Antonio!

ANTONIO

Regar no es lo peor, y á eso ya estaba acostumbrado. Lo malo es que hago todo lo que quieren con tal de tener paz, y ni así la consigo.

CARMEN

¡Qué pena me das!

ANTONIO

¿Recuerdas, Carmen, que hace unos días te dije que por ti era por quien me había ido á América?

CARMEN

Sí que me lo dijiste.

ANTONIO

Pues ahora trabajo sólo por ti. Entonces me fuí, ahora me quedo por ti. He puesto comercio, he empleado el dinero, tendré paciencia, haré todo lo que me manden, con tal de no dejarte.

CARMEN

Pues me parece, pobre Antonio, que te tengo que dar una mala noticia.

ANTONIO

Con esperanza.

Que tu marido...

CARMEN

No, no es eso, que le han visto.

ANTONIO

¿Y ha hablado de volver?

CARMEN

Eso no, no ha hablado de nada; pero le han visto, y con que le hayan visto, basta. Yo sé que todavía estoy casada.

ANTONIO

¿Y te alegras?

CARMEN

Vacilando.

Sí.

ANTONIO

No, la verdad.

CARMEN

La verdad es que casi no lo sé. A ti no te puedo engañar. No quisiera que se hubiera muerto, pero ojalá no fuese nada mío.

ANTONIO

Para ser mi mujer, ¿verdad?

CARMEN

¿Qué adelantas con hacerme decir lo que hace tanto tiempo que sospechas? Mi deber es esperarle, ¡pero estoy tan cansada!... Se cansa uno tanto de ver que los años pasan y pasan...

Decidiéndose á entrar en la casa.

¿Está dentro Rita?

ANTONIO

No. ¡Espérate, Carmen, espérate, que de lo que me digas hoy, acaso dependa mi vida... y la tuya y la de todos! Tú estás casada, pero tu hombre no. Tú piensas en él, pero él no piensa en ti. El que pasa allí la vida, como ha puesto un mundo por

medio, como hasta aquellas tierras no llega la memoria de éstas, seguramente ya tiene familia nueva...

CARMEN

¡Hijos él!...

ANTONIO

Sí, hijos, amigos, todo. ¡No volverá! Es inútil. Tú ya no existes para él. Para mí, sí. Para mí eres la de siempre. Te quiero, y te quiero más que nunca, Carmen; borra el pasado y vivamos juntos.

CARMEN

Ya sabes que no puede ser.

ANTONIO

¿Es decir, que no me quieres?

CARMEN

Porque te quisiera querer, te digo lo que te digo. Te quiero, pero no te quiero de paso, te quiero para siempre y para siempre no hay más que un modo de tenerte: casándonos.

ANTONIO

¡Para lo que á ti te ha servido el matrimonio!

CARMEN

Es que si me casara contigo no me quedaría aquí sola. ¡O no te dejaría marchar ó iríamos juntos al fin del mundo!

Pausa.

¿En qué estás pensando?

ANTONIO

En que el mundo es muy grande para las buenas noticias, y muy pequeño para las malas. Que nunca sabe uno lo que le puede hacer bien... y sabe uno siempre lo que le hace daño. Pienso en que no he tenido en toda mi vida ni un momento definitivo. Siempre ir, venir, volver, partir la vida por la mitad. ¡Ahora comprendo lo que me decías! ¿Por qué te marchaste? Tenías razón. El que como yo no es de ninguna parte, no tiene remedio... ¡Olvidame! ¡No pienses en mí!

CARMEN

Olvidarte, aunque quisiera no podría. Esperaré; ya estoy acostumbrada. Recuerdas que te dije un día: ¿Por qué te fuiste?

ANTONIO

Y ahora me dirás: ¿Para qué has vuelto?

CARMEN

Pero no en el sentido que tú te figuras. Quisiera, ya que has vuelto, no volverme á quedar sola como antes. Querría... no sé qué querría... Volver á nacer... volver á ser joven... borrar el pasado... borrar el presente... ¡Maldito sea el mar y los barcos que van por él! ¡El mar que se lleva los corazones y arroja los cuerpos á la playa!

Pausa. Llora.

ESCENA III

DICHOS y RITA

RITA

Entrando.

¿Tú por aquí, Carmen?

CARMEN

Pasaba... y...

RITA

Muy bien hecho. Ya ves, nuestro Antonio hasta trabaja. Es otro.

ANTONIO

Soy el mismo, pero más paciente.

RITA

La más paciente soy yo. Suerte que pronto abrirán el establecimiento, ese dichoso Tucumán, y te distraerás despachando, y de paso sacaremos algo de provecho... que si no...

A Carmen.

¿No te parece?

CARMEN

No lo sé.

RITA

Yo tampoco.

A Antonio.

Pero distráete un poco.

Señalando un cesto de ropa.

Coge ese cesto y llévatelo dentro.

Don Antonio vacila, después coge el cesto y lo lleva dentro de la casa.

Te conviene hacer un poco de ejercicio, que eso es muy bueno para las fiebres.

Pausa.

CARMEN

¡Pobre Antonio!

RITA

¡Pobres de nosotros! No faltaba más sino que ahora le des tú la razón, para que se nos llene de vanidad.

CARMEN

¡Vanidad él!...

RITA

¡No le conoces!

CARMEN

¡Pero mujer, si hasta llena el tanque!

RITA

Porque yo le obligo; pero á él bien le molesta. Los ricos que han venido á menos todo lo pierden

menos la vergüenza. Ya la podían perder al mismo tiempo que el dinero.

CARMEN

Es que él no lo ha perdido todo.

RITA

Tú dirás. Tiene la taberna, ¡la gran taberna! Si llega á perder eso, no tendría ni para volver á América.

CARMEN

Suerte que no sientes lo que dices.

RITA

Bien hiciste en no casarte con él. No es malo, pero no sabes las calamidades que hubieras tenido en casa.

CARMEN

Pero le hubiera tenido á él.

RITA

¡Qué lástima no podértelo regalar! Te lo daba á mitad de precio y agradeciendo encima.

ESCENA IV

DICHOS Y SERAFÍN

SERAFÍN

¿Está aquí Antón?

RITA

Está dentro. ¿Qué pasa?

SERAFÍN

¿Qué pasa? ¡No lo quieras saber! Este Antón no es un hombre, es un simple!... un infeliz en el mal sentido de la palabra.

RITA

Pero dí.

SERAFÍN

¡Fiarse de un estrafalarío, de un hombre sin oficio ni beneficio! de un perdido como es Roque. No comprende que ya nadie se fía de él porque todos le conocemos de sobra. ¡Estos hombres que llegan de América parece que caen de la luna!

RITA

Pero explícate, si quieres. ¿Qué pasa?

SERAFÍN

Pasa, que Roque, el socio, el amigo íntimo de nuestro hermano, se ha escapado con los cuartos. Como ayer nuestro don Antonio le dió el dinero para pagar las facturas de la taberna, él, en vez de pagar, se ha escapado. Ahí tienes lo que hay.

RITA

¡Virgen Santísima! ¡Si lo estaba viendo venir!

CARMEN

¡Dios mío!

Pausa.

SERAFÍN

Bien se lo había dicho yo: «No te fíes de ese y dame los cuartos á mí que me hacen más falta. Mira que este Roque no tiene crédito, que ha sido matón, que ha sido de consumos, que si no se ha marchado del pueblo es porque no ha tenido dinero para el tren.» Y él á no hacerme caso nunca.

RITA

¿Pero se sabe de cierto?

SERAFÍN

Que si se sabe... como que anoche en la estación cuando se marchaba tuvo la poca vergüenza de decir á uno que había en el andén. «Si ves á don Antonio, dile que ya nos veremos, que me voy á trabajar para poderle devolver sus pesos.»

CARMEN

¡Qué canalla!

RITA

¡Dios mío! ¿Y dónde se habrá ido?

SERAFÍN

Dónde ha de ir, á América, donde se van todos los que huyen.

RITA

¿Y no se le puede perseguir?

SERAFÍN

Sí, sí, cualquiera le encuentra.

RITA

Lo que tenemos que hacer ahora es decirle que tome una resolución. No está bien que las malas noticias las sepa por los vecinos.

SERAFÍN

Díselo con calma, pero díselo y procura no exaltarle. Hay que tener en cuenta que somos hermanos y los hermanos siempre son hermanos. Díselo con precaución que no tiene salud y no vayamos á ser responsables de lo que pueda sobrevenir.

RITA

Déjame á mí.

CARMEN

Ya viene.

SERAFÍN

Calma, Rita, sobre todo calma.

Sale don Antonio.

ESCENA V

DICHOS y DON ANTONIO

RITA

Antón. ¿Sabrás qué pasa? Que Roque se ha escapado.

ANTONIO

¿Qué dices?

RITA

Que Roque, tu Roque de tu alma, se ha escapado con tu dinero.

ANTONIO

¿Con mi dinero?

RITA

Si, la buena pieza de tu amigo... ese perdido, ese ladrón que te empeñastes en meter en casa, se ha marchado con tu dinero. ¿Entiendes ahora?

ANTONIO

Sin saber qué le pasa.

No puede ser.

SERAFÍN

Sí, sí, ¡no puede ser!

ANTONIO

Es que eso sería robarme, sería...

SERAFÍN

No lo sería, lo es.

ANTONIO

No. ¡Imposible!

CARMEN

Viendo que don Antonio la mira para que le diga la verdad,

Sí, ¡desgraciadamente!

ANTONIO

Imposible. ¡Digo que es imposible! ¡Si de sobra sabía él que era lo último que me quedaba!